

El tiempo se impone, su cadencia quiere marcar los ritmos. Nuestro concepto de revista contradice su carácter periódico. Entonces la “actualidad” debe dejar paso al uso de un instrumento al que recurrir, independientemente de su fecha de publicación. Ya se vió con Le Corbusier en *Architecture d’Aujourd’hui*. De forma autónoma, sin responder a ninguna voluntad concreta, la revista rompe estas débiles ataduras, salta de mes a mes o aparece de manera poco esperada. Es perdurable y se opone al estrecho parámetro que obliga a su aparición.

El tiempo, como duración de lo cambiante, pudiera ser parte esencial de una publicación, a través de la cual se llegase a percibir la mutabilidad que la disciplina admite. Cuando se ha concluido un período completo, examinamos cuanto nos afectó su paso. Qué vinculaciones se advierten entre lo dicho entonces y lo que se dirá ahora. Parece que no ha pasado, las reflexiones son las mismas, parece que no haya habido mutabilidad en los intereses.

El tiempo, árbitro de la moda y hoy más que nunca valor de mercado. Se valora su minimización y su precio sube si se reduce su presencia. No pudiéndolo comprimir, se busca la manera de no recurrir a él. Definitivamente fuera del mercado, quedan quienes lo atesoran generosamente como parte misma de la valía de un proceso.

Sin más valor que el que le vincula a la transformación de la materia, como un accidente más de la cadena generadora, o por el contrario, concebido como un catalizador único sin el cual la esencia de las cosas se diluye, nos encontramos en el límite en que su importancia, o su ausencia, puede arrasar cualquier otra virtud en todo proceso constructivo.

Time comes on its own, its cadence seeking to frame the rhythms. Our concept of journal contradicts the periodicity with which it is usually associated —“current news” ought then to give way to the journal as an instrument to which one can resort without subordinating it mechanically to its publication date. Thus it was with Le Corbusier and *Architecture d’Aujourd’hui*. Autonomously, without responding to any particular and fixed law or force, the journal broke loose from these weak links, coming out from time to time, appearing unexpectedly. A journal lasts, and it opposes the narrow parameter which seeks to oblige its appearance.

Time, as the duration of what changes, might be an essential part of a publication, a means by which to perceive the mutability that the discipline affords. Upon the completion of a time period, we examine how much it has affected us, looking for links between what was said then and what one would say now. It seems that time has not passed, that the reflections are the same, that interests have not changed much at all.

Time is the arbiter of fashion and, now more than ever, of market value. Time’s minimalization is valued; its price rises with the reduction of its presence. Unable to compress it, we look for ways to get out of its way. There are some who, definitively out of the market, prize it as a consubstantial part of the value of any process.

Without any value other than that which links it to the transformation of matter, as yet another accident along the generative chain, or, oppositely, conceived as a unique catalyst without which the essence of things would be diluted, we find ourselves at the limit at which time’s importance, or absence, can salt the earth, razing any of the other virtues of what a constructing process is.